La Comédiathèque

Encuentro en el andén

Jean-Pierre Martinez



comediatheque.net

Este texto puede leerse y descargarse gratuitamente.
Toda representación pública, profesional o amateur, incluso gratuita, requiere autorización previa y el pago de los correspondientes derechos de autor. Solicitar autorización:
https://jeanpierremartinez.net/es/contacto/

Encuentro en el andén

Jean-Pierre Martinez

En el andén de un pequeño apeadero de las afueras, un hombre y una mujer que no se conocen esperan el tren que debe llevarlos hacia las nuevas vidas que han elegido. Pero el tren de las ocho y media, que ambos cogían años atrás, ha sido suprimido. El siguiente no pasará hasta tres horas después. Una espera inesperada y un encuentro improbable que podrían cambiar el rumbo de sus vidas...

Reparto

Alex (hombre)
Sara (mujer)

© La Comédiathèque

Un andén desierto en un pequeño apeadero de las afueras. El borde del escenario representa las vías. Al fondo hay un banco. Entra un hombre con una bolsa de viaje. La deja en el suelo, mira el reloj, termina sentándose en el banco y espera. Entra una mujer arrastrando una maleta con ruedas. Ve el banco, vacila y prefiere quedarse de pie. Ambos fingen ignorarse. Ella también mira la hora y espera. Al cabo de un rato, él vuelve a mirar el reloj, se levanta, da unos pasos y regresa hacia ella.

Alex – Perdona, ¿tienes hora?

Ella duda, desconfiada. Mira el reloj antes de responder, sin esbozar una sonrisa.

Sara – Son las 8:31.

Alex – Gracias.

Él se aleja unos pasos. Esperan. Ella empieza a impacientarse también. Él vuelve a acercarse.

Sara – Normalmente llega puntual...

Alex – Salvo cuando hay huelga, claro.

Sara – ¿Están en huelga?

Alex – Que yo sepa, no...

Una pausa.

Sara – ¿Ya habrá pasado...?

Alex – No lo creo.

Sara – Tú estabas aquí antes que yo... ¿No lo has visto pasar?

Alex – Si lo hubiera visto, me habría subido, ¿no?

Sara – Podría haber pasado... sin parar.

Alex – ¿Sin parar?

Sara – Esto no es exactamente una estación. Es un apeadero. No todos los trenes paran aquí.

Alex – El de las ocho y media siempre ha parado.

Sara – Sí...

Alex – He llegado sobre las ocho y veinticinco y no he visto pasar ningún tren.

Sara – Entonces todavía no ha llegado... *(Una pausa.)* A no ser que haya pasado antes...

Alex – ¿Antes de las 8:25? ¿El tren de las 8:30?

Sara – Tienes razón... Un tren puede llegar tarde, pero llegar antes de la hora...

Alex – Solo son las ocho y treinta y tres. Todavía puede aparecer.

Ella se sienta en el banco. Él se queda de pie. Esperan.

Sara – O a lo mejor lo han suprimido.

Alex – ¿Suprimido? ¿El de las ocho y media? ¡Si siempre ha habido uno a esa hora! ¿Por qué iban a quitarlo?

Sara – No sé... A lo mejor ya no lo cogía suficiente gente.

Alex – ¿Te parece que hay poca gente?

Sara – Solo somos dos...

Alex – Es verdad que normalmente hay más viajeros. Qué raro...

Sara – Aunque, si solo estamos nosotros dos, quizá sea precisamente porque lo han suprimido... y somos los dos únicos que todavía no se han enterado.

Alex – ¿Tú crees?

Sara – No lo sé.

Alex – No será una estación propiamente dicha, pero el horario tendrá que estar anunciado en algún sitio...

Sara – Sí, seguro...

Alex – Hay un panel en la entrada, junto al paso a nivel.

Sara – Donde antes vendían los billetes. Hace años que no hay nadie en la taquilla.

Alex – Primero cierran la taquilla, luego suprimen trenes, después cierran la estación y al final desaparece hasta la línea.

Sara – El horario debería estar allí.

Alex – Sí.

Una pausa.

Sara – ¿No vas a comprobarlo?

Alex – Está al otro lado de las vías. Imagínate que llega el tren mientras miro el panel.

Sara – ¿Y entonces?

Alex – No podría volver a cruzar y perdería el tren.

Sara – Antes de que llegue suena el aviso y bajan las barreras. Te daría tiempo de volver.

Alex – En teoría está prohibido. Cruzar las vías una vez que empieza a sonar la señal, quiero decir.

Sara – Sí... en principio.

Alex – Y además puede ser peligroso.

Sara – Pues nada... Esperemos.

Alex – De pequeño crucé una vez con mi hermano, aunque ya estaba sonando la señal. Perdió un zapato entre las vías y quiso volver a recogerlo justo cuando llegaba el tren y... *(Ella lo mira horrorizada.)* Lo agarré del brazo en el último momento. Por suerte no le pasó nada. Al zapato, en cambio...

A ella le molesta un poco ese dramatismo fingido. Esperan en silencio. Ella hace ademán de marcharse.

Sara – Voy a mirar yo.

Alex – Deja, voy yo. Con esos tacones...

Él se aleja y sale. Ella mira hacia donde debería llegar el tren. Espera. Él vuelve.

Sara – ¿Y bien?

Alex – Lo han suprimido.

Sara – ¡No me digas!

Alex – Han puesto los horarios nuevos. Ya no hay tren a las ocho y media.

Sara – ¿Y no hay otro?

Alex – Había uno a las ocho, que ya ha pasado. El siguiente es a las once y media.

Sara – ¡A las once y media! ¡Pero faltan tres horas!

Una pausa.

Alex – Había un tren a las 8:30, estoy seguro.

Sara – Yo también estaba segura. Por eso no lo he comprobado...

Alex – Lo han suprimido... Joder... Han suprimido el tren de las ocho y media.

Una pausa.

Sara – Tres horas... Tengo que enlazar con otro tren dentro de veinte minutos...

Alex – Yo también... *(Una pausa.)* Te propondría compartir un taxi, pero...

Sara – ¿Un taxi por aquí...?

Alex – Está demasiado lejos para ir andando. De todos modos, perderíamos el enlace.

Sara – Y con esta maleta... Además, no llevo precisamente zapatos para andar.

Alex – Me temo que hemos perdido la conexión.

Sara – No pretenderás que esperemos aquí tres horas...

Alex – A menos que se te ocurra otra solución...

Se oye un trueno y se ve un relámpago.

Sara – Espero al menos que no se ponga a llover. Aquí no hay ni dónde refugiarse...

Alex – Te invitaría a un café, pero...

Sara – El bar más cercano está a una hora andando. Nos daría justo tiempo de ir y volver.

Alex – No he traído paraguas. ¿Tienes uno?

Sara – No...

Una pausa.

Alex – Voy a probar suerte haciendo autostop. ¿Te apuntas?

Ella vacila, todavía recelosa.

Sara – No, gracias. Prefiero esperar aquí.

Alex – Como quieras.

Él se aleja y sale. Ella mira el cielo amenazador y espera. Al cabo de un rato saca un libro y se pone a leer. Él regresa.

Alex – ¿Qué lees?

Ella da un respingo.

Sara – ¡Qué susto me has dado!

Alex – Perdona. ¿Y bien?

Sara – Pues nada... Sigue sin verse ningún tren...

Alex – Me refería al libro.

Sara – Ah, sí... *(Le muestra el libro.)* «Encuentro en el andén»...

Alex – Viene muy a cuento.

Sara – Es una obra de teatro...

Alex – ¿Te interesa el teatro?

Sara – Un poco. ¿Has renunciado al autostop?

Alex – De todos modos, a estas horas no pasa ni un coche. Y además...

Sara – ¿Sí?

Alex – No quería dejarte sola.

Sara – Gracias, pero... no hacía falta.

Alex – Hace años que no hago autostop. Ya no me siento muy cómodo con eso...

Sara – Solo tienes que levantar el pulgar, ¿no?

Alex – Tú sí, pero yo... Si me viera a mí mismo haciendo autostop al borde de la carretera, no sé si pararía. ¿Tú pararías?

Ella lo mira.

Sara – Sinceramente, no...

Alex – Entonces, ¿para qué intentarlo? Casi prefiero esperar aquí... contigo.

Sara – Como quieras...

Alex – Parece que empieza a despejar, ¿no?

Sara – Sí...

Alex – Pero no quiero interrumpir tu lectura...

Sara – Gracias.

Ella reanuda la lectura, aunque no parece muy concentrada. Al final guarda el libro. Silencio.

Alex – ¿Qué demonios hacemos aquí, en medio de ninguna parte? Es que no lo entiendo...

Sara – Estaba en casa de mi madre.

Alex – Perdona, no era una pregunta. No quería meterme en tu vida.

Sara – No, perdona tú. Lo he entendido mal. Ya estoy contándote mi vida...

Una pausa.

Alex – Yo estaba en casa de mi padre. *(Señala hacia un lado.)* Vive a un kilómetro de aquí, más o menos...

Sara – Mi madre tampoco vive lejos, al otro lado. Pero preferiría no volver allí...

Alex mira su reloj.

Alex – Las ocho y treinta y cinco. Aún esperaba que simplemente viniera con retraso. Pero no. Lo han suprimido de verdad.

Sara – Pretender empezar una nueva vida subiéndose a un tren que ya no existe...

Alex – ¿Qué te hace pensar que quiero empezar de nuevo?

Sara – Perdona, hablaba por mí. La indiscreta he sido yo.

Ella se sienta en el banco. Él duda un instante y acaba sentándose también.

Alex – Bueno, si vamos a pasar tres horas charlando hasta que llegue el próximo tren, no podremos hablar solo de ferrocarriles y del tiempo.

Sara – No tenemos por qué hablar...

Alex – No, en efecto.

Sara – Perdona, no quería decir eso, es que... no suelo hablar con desconocidos.

Alex – Tu madre vive aquí. Mi padre también. Vete a saber, a lo mejor ya nos hemos cruzado alguna vez.

Sara – Y la verdad es que me vendrá bien hablar con alguien.

Alex – Así que hoy ibas a empezar de cero. En este andén. A las ocho y media en punto...

Sara – Se podría decir, sí.

Alex – Al marcharte de casa de tu madre...

Sara – De mi marido, más bien. Me instalé con mi madre mientras encontraba otra vivienda. Acaban de darme las llaves.

Alex – Las llaves de la libertad...

Sara – ¿Y tú?

Alex – Venía a despedirme de mi padre. Esta noche cojo un avión a Estados Unidos. Eso, si algún día consigo salir de este apeadero.

Sara – Así que un nuevo comienzo para ti también.

Alex – He dejado el trabajo y el piso. Voy a quedarme una temporada en casa de un amigo, en Los Ángeles. Después, ya veremos...

Sara – Los Ángeles... Parece muy lejos desde aquí...

Alex – Me pasé la infancia en esta especie de tierra de nadie, entre dos estaciones en las que casi nunca para ningún tren. Ya entonces me parecía estar lejos de todo.

Sara – Sí...

Alex – Y ahora que me dispongo a descubrir América, vuelvo a quedar varado en este andén, como un barco con la marea baja.

Sara – Y la próxima marea es dentro de tres horas...

Alex – Tampoco me apetece volver a casa de mi padre. Ya me costó bastante ir a despedirme una vez. No quiero repetir la escena.

Sara – ¿Despedirte para siempre?

Alex – Quería decir «hasta luego», claro. Aunque a lo mejor ha sido un lapsus revelador...

Una pausa.

Sara – Así que los dos estamos en un momento decisivo de nuestra vida...

Alex – Sí...

Sara – ¿A qué te dedicabas antes de dejar el trabajo?

Alex – Era director de marketing en una empresa de informática... *(Una pausa.)* Ya lo sé, siempre deja un silencio incómodo. También por eso he decidido dejarlo. ¿Y tú? ¿A qué te dedicas?

Sara – Era profesora... Pedí una excedencia después de casarme. Mi marido no quería que trabajase. Acabo de conseguir otra plaza.

Alex – Por lo que veo, no entendemos igual eso de dar un giro a nuestra vida.

Sara – ¿Un giro?

Alex – Has dicho que los dos estamos dando un giro a nuestra vida. Yo intento cambiar de dirección. Por lo que cuentas, tú estás dando media vuelta.

Sara – ¿Lo crees?

Alex – Vuelves a estar soltera y recuperas tu antiguo trabajo. Yo dejo el mío y me lanzo a la aventura...

Sara – Es una forma de ver las cosas.

Alex – ¿Crees de verdad que uno puede retomar la vida donde la dejó hace años? ¿Volver a un cruce y elegir otro camino después de haberse metido en un callejón sin salida?

Sara – ¿Y tú? ¿Crees que basta con dejarlo todo para cambiar de vida? ¿Que cambiar de continente te convierte en otra persona?

Alex – No lo sé... Siempre puedo intentarlo...

Una pausa.

Sara – ¿Tú también vivías aquí cuando eras más joven?

Alex – He pasado aquí toda mi infancia. No guardo precisamente buenos recuerdos. ¿Y tú?

Sara – Aquí pasé buenos momentos.

Alex – De adolescente me aburría tanto en este agujero... A veces cogía el tren de las ocho y media hasta los domingos, cuando no había clase, y volvía enseguida en el mismo tren, en dirección contraria.

Sara – ¿Por qué?

Alex – Para seguir moviéndome. Para sentir que seguía vivo. Yo soñaba con viajar al fin del mundo, y tenía que conformarme con esos viajes absurdos de ida y vuelta en una línea de cercanías.

Sara – Ahora vas a viajar...

Alex – Si este tren se digna llevarme hasta el aeropuerto... ¿Tú nunca te aburrías?

Sara – No.

Alex – Debías de tener una vida interior muy intensa. Imprescindible para vivir en un lugar así. Ni ciudad ni campo. Unos trenes por la mañana para llevar a la gente al colegio o al trabajo, y otros por la tarde para devolverla a casa, a ver la tele antes de acostarse.

Sara – ¿Y ahora ya no te aburres?

Alex – Sí, a menudo. Pero ahora tengo con qué distraerme: puedo ir al cine, ver a los amigos, escaparme un fin de semana... Matar el aburrimiento, como se suele decir.

Sara – Dicen que es bueno dejar que los niños se aburran de vez en cuando. Que así desarrollan la imaginación.

Alex – Los niños mimados, quizá, cuando se cansan de sus juguetes... Pero yo no hablo de aburrirse una tarde, sino de esa sensación espantosa de ver cómo se te escapa la vida sin que pase nada. Y de saber que nunca recuperarás el tiempo perdido.

Sara – ¿Y a los quince años ya sentías que habías echado a perder tu vida?

Alex – Créeme, casi me muero de aburrimiento... Detesto este lugar. Este apeadero era la única salida. El día que pude comprar un billete de ida fue el más feliz de mi vida...

Sara – No tengo la misma relación que tú con el aburrimiento... Debí de ser una niña mimada, como dices.

Alex – ¿Cuál es el mejor día de tu vida?

Sara – No lo sé... Tal vez hoy...

Alex – ¿Porque compraste un billete de ida...?

Sara – Ni siquiera llevo billete. La máquina está averiada y ya no hay taquilla...

Alex – Me acuerdo de la mujer que vendía los billetes. Antes también se ocupaba del paso a nivel. Era guardabarreras.

Sara – ¿Guardabarreras?

Alex – Hacía sonar la señal y bajaba la barrera a manivela cada vez que llegaba un tren. ¡Imagínate la responsabilidad! Ese oficio ya no existe...

Sara – Eso yo no lo he conocido... Pero ¿cuántos años tienes exactamente?

Alex – Me lo contó mi abuela. ¡Una guardabarreras! Vivía en una casita junto a las vías. Debió de ver pasar cientos de trenes, de día y de noche, sin coger ninguno. Ahora todo está automatizado. Tiene que ser duro que te sustituya una máquina...

Sara – ¿Porque te quedas sin trabajo?

Alex – Sí, pero sobre todo porque descubres que llevas toda la vida haciendo algo que podía hacer una máquina.

Una pausa.

Sara – Así que conoces bien ese tren de las ocho y media.

Alex – Lo cogía todos los días para ir al instituto.

Sara – Yo también. Debemos de tener más o menos la misma edad. Podríamos haber ido a la misma clase.

Una pausa.

Alex – No íbamos a la misma clase, pero sí al mismo instituto.

Sara – ¿Ah sí?

Alex – Y cogíamos el mismo tren todas las mañanas. El de las ocho y media.

Sara – No lo recuerdo...

Alex – Te llamas Michelle, ¿verdad?

Ella vacila un poco antes de responder.

Sara – Sí...

Alex – Michelle Ramírez.

Ella parece vacilar de nuevo.

Sara – Ese es mi apellido de soltera, sí...

Alex – Entonces eres tú.

Sara – Lo siento, no me acuerdo de ti.

Alex – Es normal. Tú ibas en cabeza con los prodigios de las matemáticas. Yo iba en el pelotón de cola, justo delante del coche escoba.

Sara – La rama de Económicas...

Alex – La rama de los vagos. Ni lo bastante buenos en matemáticas ni lo bastante ambiciosos para ser médicos o ingenieros; ni lo bastante de letras ni lo bastante idealistas para ser profesores o investigadores.

Sara – Así que yo no te conocía...

Alex – No.

Sara – Pero tú sí me conocías a mí.

Alex – Nos cruzábamos aquí, en el tren, por los pasillos del instituto, en el comedor...

Sara – Y conocías mi nombre.

Alex – Digamos que... me había fijado en ti y pregunté quién eras.

Sara – Podías haberme preguntado cómo me llamaba... ¿Tanto te imponía?

Alex – Era muy tímido. Ahora lo soy un poco menos...

Sara – O quizá es que ya no te impongo tanto.

Alex – En aquella época, con solo pensar en dirigirte la palabra... me parecía imposible.

Sara – ¿Por qué?

Alex – Aunque hubiese reunido el valor de hablarte, ¿para qué? ¿Cómo ibas a fijarte en alguien como yo?

Sara – ¿Tan creída me encontrabas?

Alex – Más bien inalcanzable.

Sara – O sea, que tenías una opinión altísima de mí.

Alex – Y bastante baja de mí mismo, supongo. Eras guapa, inteligente...

Sara – Si no lo dijeras en pasado, me lo tomaría como un cumplido.

Alex – Para mí eras un ángel. Y uno no se acuesta con un ángel.

Ella está un poco incómoda.

Sara – Desde luego, ahora eres mucho menos tímido.

Alex – Quizá porque ya no creo en los ángeles.

Sara – Es una lástima.

Alex – Es cuestión de supervivencia. Si después de los quince años sigues creyendo en ángeles, mal vas por la vida.

Sara – Así que nunca te atreviste a acercarte...

Alex – Cuando cogía solo el tren de las ocho y media los domingos, también esperaba encontrarte. Que un día estuviéramos los dos solos en el andén, como ahora, y que por fin te fijaras en mí.

Sara – Si lo he entendido bien... estabas enamorado de mí.

Alex – Locamente enamorado. Nunca habría imaginado que mantendría una conversación tan larga con Michelle Ramírez.

Una pausa.

Sara – Ahora me acuerdo.

Alex – ¿Perdón?

Sara – ¿Cómo te llamas?

Alex – Federico.

Sara – Federico, eso es. Te veía todas las mañanas en el andén. Me preguntaba por qué nunca me hablabas.

Alex – ¿De verdad?

Sara – Creía que era indiferencia. O quizá desprecio. Me parecías... altivo.

Alex – ¿Altivo?

Sara – Un engreído, si lo prefieres.

Alex – Sí, he entendido «altivo». Es que me sorprende.

Sara – En el tren siempre leías un periódico muy serio.

Alex – Era para darme importancia... y para poder mirarte por encima del periódico sin que se notara demasiado.

Sara – En resumen, todo fue un malentendido. Yo no era tan angelical y tú no eras tan engreído como parecías.

Alex – La vida depende de tan poca cosa... Podríamos haber hablado, haber descubierto cosas en común, haber salido juntos... Y hoy estaríamos casados.

Sara – Y divorciados...

Alex – Poco antes de acabar el instituto, decidí armarme de valor y hablarte, aunque hiciera el ridículo. Unos meses después dejaríamos de vernos. Tú te marcharías a estudiar fuera...

Sara – Pero no lo hiciste.

Alex – Fue entonces cuando empezaste a salir con Marco.

Sara – Él no me veía como un ángel...

Alex – De todas formas, no habría funcionado. Te tenía en un pedestal. No creo que te hubiera gustado...

Sara – Y hoy, quince años después, por fin hablamos...

Alex – Y descubrimos que el tren de las ocho y media ya no pasa, que nunca podremos cogerlo juntos.

Sara – Queda el de las 11:30.

Alex – ¿Te parece tan sencillo? Pierdes un tren y coges el siguiente...

Sara – ¿Por qué no?

Alex – Ya te lo he dicho: no creo que podamos continuar una historia donde la dejamos hace quince años. Ya no soy aquel adolescente lleno de granos enamorado de un ángel. Y tú supongo que ya no eres un ángel...

Sara – Nunca he sido un ángel. Esa chica de la que estabas enamorado solo existía en tu imaginación. La verdadera Michelle la tienes delante, y no ha cambiado tanto...

Se acercan. Están a punto de besarse cuando se oye a lo lejos un tren que se aproxima.

Sara – ¿Crees que es el nuestro?

Alex – Por aquí solo pasa una línea, de todas formas.

Sara – ¿Entonces al final no lo habían suprimido?

Alex – Eso parece...

El ruido aumenta. Ambos miran hacia el tren y después al frente, hacia el público, como si pasara por delante de ellos. El estruendo alcanza su máximo y luego se apaga poco a poco mientras el tren se aleja.

Sara – No se detuvo.

Alex – Era un tren de mercancías...

Sara – Sí.

Alex – Empiezo a tener sed. ¿Y tú?

Sara – No.

Alex – ¿Llevas algo para beber, por casualidad?

Sara – Pensaba coger un tren y enlazar con otro diez minutos después. No se me ocurrió traer una botella de agua...

Silencio.

Alex – ¿Te casaste con Marco?

Sara – Estuvimos saliendo unos meses. Después del instituto no volví a verlo.

Alex – Y terminaste el instituto con unas notas excelentes.

Sara – ¿Y tú cómo lo sabes?

Alex – Miré tu nota en la lista de resultados.

Sara – Quería ser médica, como mi padre. Pero al terminar el instituto perdí por completo la motivación. Hasta entonces siempre había sido la hija que mis padres esperaban: una alumna ejemplar, seria, aplicada. No salía. Los domingos los pasaba estudiando. No tenía tiempo de aburrirme. Mi adolescencia rebelde me llegó bastante más tarde...

Alex – Así que no llegaste a estudiar Medicina...

Sara – Lo dejé después del primer año. No me veía estudiando así diez años más. Acabé haciéndome profesora.

Alex – Y te casaste con un profesor.

Sara – Me casé con un dentista. Supongo que era una forma de no decepcionar del todo a mis padres... De seguir vinculada a la medicina, aunque fuera por matrimonio.

Alex – Pero salió mal.

Sara – Salió bien... durante unos años.

Alex – ¿Tienes hijos?

Sara – Esto empieza a parecer un interrogatorio.

Alex – Tienes razón. No debería hacerte tantas preguntas.

Sara – No quería tener hijos. Al menos, no con él. Eso precipitó la separación. Y además me era infiel...

Alex – ¿Cómo se le puede ser infiel a una mujer como tú?

Sara – Acostándose con otra, sin ir más lejos. ¿Y tú? ¿Estás casado?

Alex – No. Y tampoco tengo hijos.

Sara – Y tú eras... informático, ¿no?

Alex – Al acabar el instituto estaba bastante perdido. Me puse a estudiar Informática. No era una carrera demasiado larga y me prometieron que tendría trabajo al terminar. Y así fue.

Sara – Y ahora te marchas a Los Ángeles.

Alex – Podría haber seguido así. Gano bien, el trabajo me gusta, pero no me apasiona. Un día pensé: o sigo hasta jubilarme sin haber vivido nada, o me lanzo de una vez.

Sara – ¿Y por qué Los Ángeles...?

Alex – No lo sé...

Sara – A lo mejor porque quieres volver a creer en los ángeles.

Alex – Ni se me había ocurrido.

Sara – Ojalá encuentres alguno allí.

Alex – Igual dentro de unos meses vuelvo con el rabo entre las piernas. Llamaré a mi antigua empresa para ver si me readmiten. Y si no, me apuntaré al paro... y a una página de citas.

Sara – Por lo menos lo habrás intentado y no te arrepentirás...

Alex – ¿Tú también sigues buscando un ideal, verdad?

Sara – Yo no lo dejo todo para irme a la aventura, como tú has señalado.

Alex – Dejar a tu marido debe de ser todavía más difícil.

Sara – Sí, tal vez...

Alex – ¿Y tú? ¿Sigues creyendo en los ángeles?

Sara – No sé... Si para ti yo era un ángel y ahora ya no crees en mí... ¿Cómo voy a seguir creyendo yo en mí misma?

Un instante de vacilación. Se sienten atraídos y se besan apasionadamente. Después se separan, un poco incómodos.

Alex – Nunca imaginé que algún día besaría a Michelle Ramírez.

Sara – Después de más de quince años de espera... Espero no haberte decepcionado demasiado.

Alex – ¿Cómo ibas a decepcionarme? Acabas de hacer realidad uno de mis sueños de adolescente.

Sara – La realidad empieza donde terminan los sueños. Y la realidad siempre decepciona.

Alex – ¿Das clases de Filosofía?

Sara – De Biología y Geología.

Alex – ¿Biología y Geología?

Sara – Ya... Es como decir «Informática». Suele producir un silencio incómodo.

Alex – No, qué va... Bueno, un poco. La verdad es que no sé muy bien qué tiene que ver la biología con las piedras.

Sara – Comparada con la filosofía, la mía es una asignatura mucho más... pegada a la tierra.

Alex – Y, sin embargo, quieres volver a dar Biología y Geología.

Sara – Es lo único que sé hacer. Pero tienes razón: uno no puede retomar la vida donde la dejó hace años. Cuando pierdes un tren, coges el siguiente. Pero las oportunidades perdidas...

Alex – ¿Crees que para nosotros también es demasiado tarde?

Sara – Esta noche te marchas a Estados Unidos...

Alex – Podrías venir conmigo.

Sara – Marcharse con una mujer... No creo que esa sea tu idea de la aventura.

Alex – Podría quedarme.

Sara – No quiero pedirte que renuncies a tu sueño. Tarde o temprano terminarías reprochándomelo.

Alex – Ni yo quiero que renuncies a tu independencia... Acabas de separarte para ser libre.

Sara – A los veinticinco años dejé la casa de mis padres para irme a vivir con mi marido. Nunca he vivido sola. Al menos me gustaría saber si soy capaz.

Alex – Empiezo a pensar que quizá no estábamos destinados a conocernos... Nos encontramos quince años después de aquella oportunidad perdida y sigue sin ser el momento.

Sara – A lo mejor volvemos a encontrarnos dentro de quince años, en este mismo andén...

Alex – O dentro de cincuenta, en la terraza de una residencia de mayores.

Sara – Pero hoy cada uno seguirá su camino.

Alex – Mientras tanto nos queda una hora juntos... Una hora de felicidad...

Sara – Una historia de amor completa en una hora: del encuentro a la despedida.

Alex – ¿Una hora o toda una vida? Al final, ¿qué diferencia hay? Podríamos considerar cada mañana un nacimiento y vivir tantas vidas como días nos queden.

Sara – Y al cabo de un tiempo descubrirías que no soy ningún ángel. Mejor quedarte con un buen recuerdo.

Se besan de nuevo.

Alex – Tú no eres Michelle Ramírez, ¿verdad?

Sara – No. ¿Por qué? ¿Besaba mejor que yo?

Alex – Nunca llegué a besarla. Pero ni en mis sueños besaba tan bien como tú. ¿Por qué me has mentido?

Sara – Parecía tan importante para ti... No quería decepcionarte. Durante un momento te he hecho vivir tu sueño de adolescente...

Alex – Gracias.

Sara – Lo siento. Quizá algún día encuentres a tu Michelle Ramírez. Ahora, con las redes sociales...

Alex – Sí...

Sara – Y ya ves... Nos conocemos desde hace una hora y ya te he decepcionado.

Alex – Sí... Bueno, quiero decir... No...

Sara – Bueno, también me diste pie. ¿Tanto me parezco a ella?

Alex – Sí y no...

Sara – Entonces, ¿cómo has sabido que no soy Michelle Ramírez?

Alex – Porque yo en aquel tren no leía un periódico serio, sino revistas de rock de la época.

Sara – Ahí se me fue la mano. Me di cuenta en cuanto lo dije. Improvisar no es lo mío...

Alex – Y, sobre todo, porque... Michelle Ramírez no existe.

Sara – ¿Que Michelle Ramírez no existe?

Alex – Alguna Michelle Ramírez habrá por ahí... Incluso varias. No es un nombre tan raro. Pero yo nunca he conocido a ninguna.

Sara – De acuerdo...

Alex – Para mí ha habido muchas Michelle Ramírez. Todas aquellas chicas de quince años con las que fantaseaba el adolescente tímido que yo era. Todas las chicas de las que me enamoré sin atreverme siquiera a preguntarles su nombre.

Sara – Entonces ambos hemos mentido.

Alex – Cuando dos personas quieren creerse la misma mentira, ¿no acaba siendo un poquito verdad?

Sara – ¿Por qué Michelle? ¿Por la canción de los Beatles?

Alex – Más bien por una vieja canción francesa, también titulada «Michèle».

Se oye la canción «Michèle», de Gérard Lenorman.

Sara – Es una canción preciosa... Aunque la letra es un poco cursi, ¿no?

Alex – No me parece. Las canciones populares dicen muchas verdades, incluso las más sencillas. Esta siempre me ha emocionado. No me preguntes por qué...

Sara – ¿Por qué?

Alex – Habla del paso del tiempo... De la juventud que se escapa demasiado deprisa... Y con ella los sueños de la infancia...

Sara – Entonces nuestra historia no tiene nada de verdad.

Alex – Pasé mi infancia aquí, eso es verdad.

Sara – Yo también.

Alex – Y yo iba al instituto de la localidad vecina.

Sara – Como yo.

Alex – Qué casualidad que no nos cruzáramos nunca.

Sara – Quizá sí nos cruzamos, sin saberlo...

Alex – En cualquier caso, no nos fijamos el uno en el otro.

Sara – No me extraña que no te fijaras en mí. Entonces pesaba casi ochenta kilos, tenía la cara llena de granos, llevaba gafas y el pelo siempre grasiento...

Alex – Ya veo...

Sara – No me parecía en nada a ese ángel que describes... Pero gracias a la mentira también he cumplido un sueño de juventud: ser la chica más guapa del instituto... La más deseada...

Alex – Somos dos mentirosos. Eso ya nos da algo en común...

Sara – ¿De verdad trabajas en una empresa de informática?

Alex – Sí.

Sara – ¿Y de verdad te marchas a Los Ángeles?

Alex – No... Aunque sí que se me ha pasado por la cabeza alguna vez.

Sara – ¿Y por qué me has dicho que te ibas?

Alex – Porque me gustaría tener el valor de hacerlo. Dejarlo todo y lanzarme a la aventura... Y porque a las mujeres les gustan los aventureros. Y los amores imposibles.

Sara – ¿Tú crees?

Alex – Contigo ha funcionado, ¿no?

Sara – Sí...

Alex – ¿Y tú? ¿De verdad te has divorciado?

Sara – No... Bueno, todavía no.

Alex – Entonces, estás casada.

Sara – Sí.

Alex – Pero eres profesora de Biología y Geología.

Sara – Por desgracia.

Alex – Claro... Como ser informático. No es algo de lo que se pueda presumir.

Sara – No.

Alex – Así que los dos nos hemos inventado un nuevo comienzo.

Sara – Y, sin embargo, los dos nos hemos quedado en el andén...

Alex – ¿Y si nos marcháramos de todos modos?

Sara – ¿Juntos? ¿A Los Ángeles? Se parecería demasiado a una luna de miel.

Alex – Tienes razón. No hay nada menos aventurero que un viaje de novios.

Sara – Además, se te olvida que estoy casada...

Alex – ¿Puedo confesarte una última cosa?

Sara – Adelante.

Alex – Yo sabía que ya no había tren a las ocho y media.

Sara – ¿Y por qué estabas aquí a las ocho y veinticinco?

Alex – Pasaba por aquí en coche y te vi ir hacia la estación con la maleta. Supuse que ibas a coger ese tren que ya no existe.

Sara – ¿Y luego?

Alex – Aparqué, cogí mi bolsa de viaje y vine a esperar al andén.

Sara – Podrías haberme ofrecido llevarme.

Alex – No habrías aceptado. Y además, me habría perdido el placer de pasar estas tres horas contigo.

Sara – ¿Y si ahora te confieso algo yo?

Alex – Claro, te escucho.

Sara – Yo también sabía que habían suprimido el tren.

Alex – Entonces, ¿por qué has venido a esperarlo?

Sara – Me peleé con mi madre, precisamente por lo de mi divorcio. Según ella, toda la culpa era mía. No quería pasar ni un minuto más en su casa.

Alex – Entiendo...

Sara – Y te vi aparcar el coche...

Alex – Así que no hay absolutamente nada de verdad en nuestra historia.

Sara – Salvo quizá... las ganas que teníamos de conocernos.

Se oye un tren acercándose.

Alex – Ah, esta vez sí que es nuestro tren...

Sara – ¿Ya?

Alex – Sí, a mí también se me ha pasado el tiempo volando.

Sara – El de las once y media. Creo que nunca lo he cogido.

Alex – ¡Pues cojámoslo juntos!

Sara – Pero ¿no habías venido en coche?

Alex – Sí, pero siempre había soñado con coger un tren contigo.

Sara – No tengo billete...

Él saca dos billetes y se los muestra.

Alex – Te invito.

Sara – ¡Pues en marcha!

Oscuro.

Luz.

El mismo andén. Él espera leyendo un libro. Ella llega. Ninguno lleva equipaje.

Sara – Ya no existe el tren de las ocho y media... ¿Lo has olvidado?

Alex – No.

Sara – Entonces, ¿qué esperas?

Alex – A lo mejor a ti...

Sara – ¿Yo?

Alex – Si llega alguien más, solo puedes ser tú.

Esperan juntos, sin mirarse.

Sara – ¿Qué tal está tu hermano?

Alex – ¿Mi hermano?

Sara – El que perdió un zapato entre las vías y estuvo a punto de morir atropellado cuando volvió a buscarlo... Si no llegas a salvarlo heroicamente...

Alex – Ah, sí... Ese...

Sara – ¿Es que tienes más de uno?

Alex – Soy hijo único.

Sara – Así que aquella historia escondía una moraleja.

Alex – Que cuando dejamos atrás algo no debemos volver a buscarlo. O al menos eso creía hasta ahora...

Sara – ¿Te llamas Federico de verdad?

Alex – No.

Sara – Así que ni siquiera sé cómo te llamas.

Alex – ¿Cómo te gustaría llamarme?

Ella finge pensárselo.

Sara – ¿Alex?

Alex – ¿Por qué no? ¿Algún amor de juventud?

Sara – No. Pero creo que te pega. ¿Y yo? ¿Qué nombre me pondrías hoy?

Él reflexiona un instante.

Alex – Sara.

Sara – Entonces para ti seré Sara. Al menos durante esta función...

Alex – ¿Crees que habrá más?

Sara – Tantas como queramos. Tantas como días tiene el año, y como trenes pasan por esta línea. Al fin y al cabo, somos unos cuentistas.

Alex – Actores, más bien. De niño me inventaba unas historias increíbles. Mi padre siempre decía: «Este niño tiene mucho cuento». No creo que fuera un elogio, pero quizá fue entonces cuando descubrí mi vocación.

Sara – Mi madre no dejaba de repetirme que mentir estaba muy feo. Así que me pasé años intentando ser la persona que los demás esperaban que fuera.

Alex – Mentir es el mejor invento de quienes no se resignan a una sola verdad.

Sara – Y cuando uno hace de la mentira una profesión, se convierte en estafador o en actor. ¿Qué lees?

Le muestra el libro.

Alex – «Encuentro en el andén». El libro que llevabas el día que nos conocimos.

Una pausa.

Sara – ¿Cuánto tiempo ha pasado...?

Alex – Una eternidad, diría yo.

Sara – Parece que fue ayer.

Alex – ¿Ayer...?

Sara – Quizá hace un año...

Alex – Entonces hoy será nuestro aniversario.

Sara – Sí, el primer aniversario de nuestro encuentro.

Alex – Y de nuestra despedida...

Sara – Es verdad. No he vuelto a verte desde entonces.

Alex – Al final sí me fui a Los Ángeles.

Sara – Pero has vuelto...

Alex – En Los Ángeles no hay ángeles. Al menos yo no me crucé con ninguno.

Sara – ¿Y te readmitieron en tu antigua empresa?

Alex – Ni siquiera lo he preguntado.

Sara – ¿Pero te has apuntado a una página de citas?

Alex – Para las citas prefiero los lugares un poco más insólitos.

Sara – Como los andenes de las estaciones...

Alex – Y, si puede ser, a una hora en la que no pasa ningún tren.

Sara – O sea, que ya no trabajas de informático.

Alex – Estoy en el paro por primera vez en mi vida. Es una experiencia muy instructiva. Descubres con quién puedes contar de verdad...

Sara – Seguro que tienes proyectos.

Alex – Me he matriculado en una escuela de arte dramático.

Sara – ¿En una escuela de arte dramático?

Alex – Hice algo de teatro en el instituto. La idea me volvió a la cabeza estando en Los Ángeles. Como todavía no me veía en Hollywood, regresé y me apunté a una escuela de teatro.

Sara – Ya ves, nunca es tarde para descubrir tu verdadera vocación. ¿Has vuelto a instalarte por aquí?

Alex – De momento vivo con mi padre. Si uno decide volver a la infancia, tiene que aceptar ciertos sacrificios... ¿Y tú?

Sara – Seguí tu consejo. Me divorcié.

Alex – No recuerdo haberte aconsejado nada exactamente. Pero mentiría si te dijera que ese divorcio me entristece.

Sara – Yo también he vuelto a estudiar.

Alex – ¿Medicina?

Sara – Teatro.

Alex – ¡No me digas!

Sara – Quizá en la misma escuela que tú.

Alex – Entonces seguramente nos veremos allí.

Sara – En cualquier caso, nos veremos en este andén.

Alex – ¡No me digas que tú también has vuelto a casa de tu madre!

Sara – ¿De verdad fuiste a Los Ángeles?

Alex – Tenías razón. No hace falta irse al otro extremo del mundo para encontrarse a uno mismo. Es mejor volver sobre nuestros pasos y descubrir dónde nos perdimos.

Sara – Sí, tal vez...

Alex – ¿Y tú? ¿Te has divorciado de verdad?

Sara – Nunca he estado casada.

Alex – Al final vamos a hacer realidad nuestro sueño: coger juntos el tren para ir a clase.

Sara – Sí... A una escuela de teatro.

Alex – Quizá un día actuemos juntos en la misma obra.

Sara – ¿En una que hayas escrito tú?

Alex – Podríamos escribirla entre los dos.

Sara – ¿Por qué no?

Alex – ¿Me darás tu número de teléfono...?

Sara – ¿Uno inventado? Un número de teatro...

Alex – O seguimos confiando en el destino...

Ella se acerca y lo abraza.

Sara – He decidido no dejar mi vida en manos del azar.

Alex – Tienes razón... Es menos romántico, pero más seguro.

Se besan. Se oye a lo lejos un tren acercándose.

Alex – Parece que ahora sí viene...

Sara – ¿El tren de las ocho y media? Pensaba que ya no existía...

Alex – Sí, qué extraño...

Ella lo mira. Sonríen. El ruido del tren aumenta y después disminuye hasta desaparecer.

Sara – No hemos visto pasar ningún tren...

Alex – Y, sin embargo, lo hemos oído.

Sara – ¿Un tren fantasma...?

Alex – El fantasma del tren de las ocho y media.

Sara – Al llegar me pareció ver una sombra detrás de la taquilla.

Alex – La guardabarreras...

Sara – Qué raro...

Alex – Rarísimo.

Sara – Aunque, pensándolo bien, esto ni siquiera es una estación...

Alex – No. Más bien parece...

Sara – Un escenario.

Él le muestra el libro.

Alex – ¿Te sabes el papel?

Sara – De memoria. ¿Y tú?

Alex – Todavía me equivoco alguna vez.

Sara – Yo también...

Silencio. Ambos se sumergen en la lectura de sus ejemplares de «Encuentro en el andén». Él es el primero en interrumpir.

Alex – ¿Sabes cuál es mi momento favorito del teatro? Como espectador, quiero decir...

Sara – Cuando por fin baja el telón y sabes que se acabó el suplicio.

Alex – No.

Sara – ¿El descanso, cuando todavía puedes escapar si la obra es insoportable?

Alex – El momento en que estamos sentados en la sala, esperando que se apaguen las luces y empiece la función. Aún no sabemos qué vamos a ver. Todo es posible. Nos imaginamos que vamos a pasar un rato maravilloso.

Sara – Aunque casi siempre acabemos aburriéndonos dos horas.

Alex – Al principio, la vida es como una obra de teatro cuando se levanta el telón.

Sara – Descubrimos el decorado. No sabemos qué va a pasar. Pero nada nos impide tener esperanza.

Alex – Por eso sentimos nostalgia de la infancia: es la edad en la que todo es posible.

Sara – ¿Aunque hayamos tenido una infancia desgraciada y luego hayamos sido muy felices?

Alex – Una vida, aunque salga bien, no deja de ser una rendición. Renunciamos a todas las demás vidas que podríamos haber vivido. ¿Sabes qué es lo que más detesto del teatro?

Sara – ¿El tío de dos metros que espera al último minuto para sentarse justo delante de ti?

Alex – No.

Sara – ¿La señora enorme que llega tarde y hace levantar a toda una fila porque se empeña en sentarse justo en el centro?

Alex – La gente que espera a que empiecen los diálogos para apagar el móvil, en vez de hacerlo unos minutos antes de que se levante el telón.

Sara – Sí... Como si en misa esperaras a que el cura te ofreciera la hostia para sacarte el chicle de la boca.

Alex – Nunca se me habría ocurrido esa comparación, pero sí... El teatro es una comunión. Antes de que se apaguen las luces y empiece la función, todos necesitamos un instante de silencio para dejar atrás la vida cotidiana, con la esperanza de que la ficción supere a la realidad.

Sara – El teatro es a la realidad lo que el deseo al amor. Una promesa que sabemos que no se cumplirá, pero que mientras tanto nos hace vibrar.

Alex – Entonces, retrasemos todo lo posible el momento en que se levante el telón sobre nuestro amor.

Silencio.

Sara – ¿Quién eres en realidad?

Alex – Tu compañero, si tú quieres.

Él la rodea con un brazo por los hombros y ella se apoya en él.

Sara – ¿Quieres jugar conmigo...?

Alex – En cuanto se apaguen las luces. ¿Preparada?

Sara – Mi móvil está en modo avión.

Alex – El mío también.

Sara – Entonces ya puede empezar la función.

Alex – ¡Oscuro!

Oscuro.

Fin

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicas (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más representados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde sus sitios web :

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Sin embargo, los derechos de representación, que constituyen una remuneración justa por el trabajo del autor, son una obligación legal. Tanto si se trata de una compañía amateur como profesional, debe solicitar autorización para representar la obra y abonar los derechos correspondientes a la producción.

Jean-Pierre Martinez está representado por la Sociedad de Autores y Compositores Dramáticos (SACD).

Para ponerse en contacto con Jean-Pierre Martinez y solicitar autorización para representar una de sus obras, utilice el formulario de contacto disponible en sus sitios web.

Tras comenzar su trayectoria como baterista, Jean-Pierre Martinez ha regresado recientemente a la música, creando canciones originales inspiradas en sus poemas y sus obras de teatro.

Con Jean-Pierre Martinez Music, prolonga ese universo en forma de canciones originales: relatos breves, humorísticos o melancólicos, en los que la canción se convierte a veces en una pequeña escena teatral.

https://jeanpierremartinezmusic.com/

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Monólogos
Como un pez en el aire
Happy Dogs
Relatos

Comedias para 2
Arrepentimiento
Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Batín
El Joker
El Último Cartucho
Ella y Él, Monólogo Interactivo
Encuentro en el andén
EuroStar
La Cuerda
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Réquiem por un Stradivarius
Ruleta rusa en el Kremlin
Un sueño de casa
Una vocación frustrada
Zona de Turbulencias

Comedias para 3
13 y Martes
Cartas sobre la mesa
Cosas del Azar
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Horizontes
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer…

Comedias para 4
Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Déjà vu
Denominación de Origen no Controlada
Despedida de casados
Después de nosotros el diluvio
El Contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
Happy Hour
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
La Pecera
Las Pirámides
Los Suegros Ideales
Los Turistas
Nuestros peores amigos
Regreso a la escena
Resaca
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un esqueleto en el armario
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6
Atasco en el Camino del Cementerio
Bien está lo que mal empieza
Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Érase una vez en la web
Flagrante delirio
Los Náufragos de Nochevieja
Los Rebeldes
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas
Un bulevar sin salida

Comedias para 7 o más
A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad…
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El pueblo más bonito de Francia
El infierno son los vecinos
El peor pueblo de España
El reverso del escenario
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Frutas y verduras
Fuera de juego
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nicotina
Nochebuena en la comisaría
No siempre la música amansas a las fieras
Prehistorias grotescas
Reality Show
Un pueblo tan bonito

Comedias de sainetes (sketches)
A corazón abierto
A ratos
Albán y Eva
Apocalipsis
Asesinos de bromas
Aviso de paso
Breves de confinamiento
Breves de escena
Breves de parque
Breves del Tiempo Perdido
De Animales y Hombres
De verdad y de broma
¡Demasiado es demasiado!
Dramedias
Ella y Él, Monólogo Interactivo
En blanco
Entre Bastidores
Escenas callejeras
¡Espera, mariposa!
Historias insólitas
La Barra
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa
Sin Sentido Prohibido
¡Tranquilo!

Todas las obras de Jean-Pierre Martinez pueden descargarse gratuitamente desde sus sitios web:

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual. Toda falsificación es punible con condena de hasta 300.000 euros y tres años de prisión.

Aviñón – Abril 2023

ISBN 978-2-37705-921-8

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.